

CRISTOBAL COLON Y EL DESCUBRIMIENTO
EN LOS CRONISTAS.
EL ARRIBO AL NUEVO MUNDO

Porque nuestro Señor tenía determinado de abreviar ya el tiempo en que a Cristóbal Colón había de hacer verdadero, y mostrar que lo había escogido para esto, y escaparle también del gran peligro que con aquella gente impaciente e incrédula llevaba y a ellos asimismo despenar, y a todos consolar, domingo, 7 de octubre, al levantar del sol, la carabela *Niña*, que por ser muy velera iba delante, y también porque todos trabajaban de andar cuanto más podían por ver primero tierra, por ganar la merced de los 10.000 maravedís de juro que la Reina había prometido al que primero viese tierra, como ya se dijo arriba, alzó una bandera en el topo del mástil y tiró una lombarda por señal que veía tierra, porque así lo había ordenado el capitán general Cristóbal Colón.

Tenía también mandado, que, al salir y poner del sol, se juntasen todos los navíos con él, porque aquestos son dos tiempos más propios y convenientes para que los humores o vapores de la mar no impidan a ver más lejos mar o tierra que otros; pues como a la tarde no viesen la tierra que los de la *Niña* dijeron, y hubiesen sido celajes, de lo cual tornaron a tomar nuevo descorazonamiento y desmayo los que siempre desconfiaban, y viese Cristóbal Colón que pasaban gran multitud de aves de la parte del Norte hacia el Sudueste, lo cual era evidente argumento y cierta señal que iban a dormir a tierra o huían quizá del invierno que, en las tierras de donde venían, debía de querer venir, acordándose Cristóbal Colón que las más de las islas que los portugueses hoy tienen, las habían descubierto por tomar y tener por cierto el dicho argumento de seguir tras las aves que veían volar como de corrida, mayormente sobre tarde, por esto acordó de dejar el camino que llevaba del Güeste, y poner la proa hacia el Güessudueste, que eran dos vientos más, con determinación de andar dos días por aquel camino, porque consideraba que no se apartaba mucho del Güeste, que era su principal intento, por el cual, si siempre siguiera, y la impaciencia castellana no lo impidiera, ninguna duda fuera, que no iba a dar con la tierra firme Florida, y de allí a la Nueva España, aunque fueran incomparables los inconvenientes y daños intolerables que se les ofrecieran, y fuera divino milagro si a Castilla jamás volviera. Pero hízolo y rodeólo Dios, que lo gobernaba, regía y sabía todo, muy mejor que él ni otro pudiera desearlo ni pedirlo, como constará por lo que más abajo referiremos. Anduvo este día antes que diese la vuelta, 23 leguas, y dióla por el sursudueste una hora antes que el sol se pusiese, y navegó esta noche obra de 5 leguas.

Lunes, 8 de octubre, navegó al Güessudueste, y luego les quiso Dios suplir o reformar el desmayo que de nuevo habían el día pasado recobrado, porque parecieron mucho número de diversas aves, que fueron gajos y ánades y un alcatraz, y, sobre todas, muchos pajaritos del campo, de los cuales tomaron en la nao uno, con que todos, como si vieran una gran cosa, se regocijaron. Y porque iban todas estas aves al Sudueste, y no parecía que podían ir a parar muy lejos, siguieron con más voluntad y alegría aquel camino, que era el que las aves llevaban.

Creciales su consuelo con que también tenían la mar, como en el río de Sevilla, muy llana; los aires muy dulces, como por abril en Sevilla, odoríferos y muy agradables, y la hierba que salía muy fresca, por todo lo cual Cristóbal Colón daba a nuestro Señor muchas gracias. Anduvieron, entre día y noche, obra de 12 leguas, no más porque había poco viento.

Martes, 9 de octubre, navegando al Sudueste, porque se le mudaba el viento, anduvo 5 leguas; después corrió al Güeste cuarta; al Norueste anduvo 4; después, con todas, 11 de día, y a la noche 20 leguas y media; contó a la gente 17; sintieron toda la noche pasar pájaros.

Otro día, miércoles, 10 de octubre, arreciando el viento y navegando al Güessudueste anduvieron 10 millas por hora, que son 2 leguas y media, y algún rato a 7, y así entre día y noche, corrieron 59 leguas; puso en la cuenta pública 44. Pues como vio la gente tanto andar, y que las señales de los pajaritos y muchas aves salían vanas todas, porque del bien que sucediese y alegría que muy en breve se les aparejaba, nadie con razón pudiese presumir aplicar a sí, antes toda la gloria se atribuyese al Señor muy alto y muy bueno que los regía, cuya voluntad necesariamente de aquel camino se había de cumplir, tornaron todos a reiterar sus importunas y desconfiadas querellas, y a insistir en sus temerarias peticiones, clamando a la vergonzosa tornada, despidiéndose de todo punto del placer y regocijo que en espacio de no treinta horas Dios les tenía aparejado.

Pero no concediendo a tan vituperable cobardía el ministro que para este negocio allí Dios llevaba, antes con más renovado ánimo, con mayor libertad de espíritu, con más viva esperanza, con más graciosas y dulces palabras, exhortaciones y ofrecimientos mayores, los esforzó y animó a ir adelante y a la perseverancia, añadiendo también que por demás era quejarse, pues su fin del y de los Reyes había sido y era venir a descubrir por aquella mar occidental las Indias, y ellos para ello le habían querido acompañar, y que así lo entendía proseguir con el ayuda de nuestro Señor hasta hallarlas, y que tuviesen por cierto estar más cerca dellas de lo que pensaban. Aquí creo yo que puso Dios su mano, para que no hiciesen algún desatino de los que muchas veces habían imaginado.

Jueves, 11 días de octubre, cuando ya la misericordia divina quiso hacer a todos ciertos de no haber sido en balde su viaje, vieron nuevas, y más que todas las otras, ciertas y averiguadas señales, con que todos respiraron. Navegaron al Güessudueste, llevando más alta y brava mar de la que habían traído todo el viaje; vieron pardelas, y, lo que más que todo fue, junto a la nao un junco verde, como si entonces de sus raíces lo hubieran cortado; los de la carabela *Pinta* vieron un palo y una caña, tomaron otro palillo, a lo que parecía, con hierro labrado, y un pedazo de caña y una tablilla y otra hierba que en tierra nace; los de la carabela *Niña* también vieron otras señales, y un palillo cargado de escaramujos, con que todas las carabelas en gran manera se regocijaron; anduvieron en este día, hasta que el sol se puso, 27 leguas.

Conociéndose Cristóbal Colón estar ya muy cerca de tierra, lo uno, por tan manifiestas señales, lo otro, por lo que sabía haber andado de las Canarias hacia

estas partes, porque siempre tuvo en su corazón, por cualquiera ocasión o conjetura que le hubiese a su opinión venido, que habiendo navegado de la isla del Hierro por este mar Océano 750 leguas, pocas más o menos, había de hallar tierra; después de anochecido, al tiempo que dijeron la Salve, como es la costumbre de marineros, hizo una habla muy alegre y graciosa a toda la gente y marineros, reduciéndoles a la consideración las mercedes que a él y a todos Dios en aquel viaje había hecho, dándoles tan llana mar, tan suaves y buenos vientos, tanta tranquilidad de tiempos sin tormentas y zozobras, como comúnmente a los que navegan por la mar suelen acaecer; y que porque él esperaba en la misericordia de Dios que antes de muchas horas les había de dar tierra, que les rogaba encarecidamente que aquella noche hiciesen muy buena guardia en el castillo de proa, velando y estando muy sobre aviso para mirar por tierra mejor que hasta entonces habían hecho, pues habiendo puesto en el primer capítulo de la instrucción que dio a cada capitán de cada navío, partiendo de las Canarias, conviene a saber, que habiendo navegado 700 leguas hacia el Poniente, sin haber descubierto tierra, no navegasen más de hasta media noche, lo cual no habían hasta entonces guardado y él lo había disimulado por no darles más pena, por el ansia que llevaban de ver tierra, porque él tenía gran confianza en Nuestro Señor que aquella noche habían de estar muy cerca de tierra, o quizá verla; y que cada uno pusiese diligencia en velar por verla primero, porque, allende la merced de los 10.000 maravedís que la Reina había concedido al primero que la viese, él prometía de darle luego un jubón de seda.

Esta noche, después del sol puesto, navegó al Güeste, la vía que siempre desde las Canarias trajo, y anduvo 12 millas por hora, y, hasta las dos después de media noche, andarían 90 millas, que fueron 22 leguas y media.

Estando Cristóbal Colón en el castillo de popa, con los ojos más vivos hacia delante que otro, como aquel que más cuidado dello tenía, porque más le incumbía que a todos, vio una lumbre, aunque tan cerrada o anublada, que no quiso afirmar que fuese tierra, pero llamó de secreto a Pero Gutiérrez, repostero de estrados del Rey, y díjole que parecía lumbre, que mirase él lo que le parecía, el cual la vio y dijo que lo mismo le parecía ser lumbre; llamó también a Rodrigo Sánchez de Segovia, que los Reyes habían dado cargo de ser veedor de toda el armada, pero éste no la pudo ver. Después se vio una vez o dos, y diz que era como una candelilla que se alzaba y bajaba. Cristóbal Colón no dudó ser verdadera lumbre, y por consiguiente, estar junto a la tierra, y así fue. Y lo que yo siento dello es que los indios de noche por aquestas islas, como son templadas, sin algún frío, salen o salían de sus casas de paja, que llamaban bohíos, de noche a cumplir con sus necesidades naturales, y toman un tizón en la mano, o una poca de tea, o raja de pino, o de otra madera muy seca y resinosa, que arde como tea, cuando se hace oscura noche y con aquél se tornan a volver, y desta manera pudieron ver la lumbre las tres o cuatro veces que Cristóbal Colón y los demás que la vieron.

Velando, pues, muy bien Cristóbal Colón sobre ver la tierra, y avisando a los que velaban la proa de la nao que no se descuidasen, como la carabela *Pinta*, donde iba Martín Alonso Pinzón, fuese delante de todas por ser más velera, vio la tierra, que estaría dos leguas, a las dos horas después de media noche, y luego hizo las señales que de haber visto tierra, por la instrucción que llevaba, debía hacer, que

era tirar un tiro de lombarda y alzar las banderas (y así parece que, pues se vio la tierra dos horas después de media noche, jueves, se debe atribuir al viernes este descubrimiento, y, por consiguiente, fue a 12 de octubre).

Vio la tierra primero un marinero que se llamaba Rodrigo de Triana, pero los 10.000 maravedís de juro, sentenciaron los Reyes que los llevase Cristóbal Colón, juzgando, que, pues él había visto primero la lumbre, fue visto ver primero la tierra. De donde podemos colegir un no chico argumento de la bondad y justicia de Dios, el cual aun en este mundo remunera como también castiga, respondiendo a la confianza que de su providencia se tiene, y a los trabajos y solicitud virtuosa de cada uno, en que ordenó, que así como había Cristóbal Colón llevado lo más trabajoso y angustioso de todo el viaje, con padecer sobre sí la parte que dello le cabía como a particular persona, y la carga de todos como pública, con los desacatos y turbaciones y aflicciones que muchas veces todos le causaron, y sólo él tuvo fe firme y perseverante constancia de la divinal Providencia, que no había de ser de su fin defraudado, él alcanzase este favor, y se le atribuyese haber primero visto la tierra, por ver primero la lumbre en ella, en figura de la espiritual, que, por sus sudores, había Cristo de infundir a aquellas gentes que vivían en tan profundas tinieblas, y así gozase de la merced de los 10.000 maravedís; lo cual es de estimar, no tanto por el valor dellos, como fuese tan poco, cuanto por el alegría y consuelo que en esto, aun tan mínimo temporal, favoreciéndolo, quiso concederle. Estos 10.000 maravedís de juro llevó siempre por toda su vida, y si no me he olvidado, un día, hablando con la virreina de las Indias, nuera del mismo Almirante D. Cristóbal Colón, mujer de su primer sucesor, en las cosas de aquel viaje, me dijo habersele librado en las carnicerías de la ciudad de Sevilla, donde siempre se los pagaron.

Por todo lo dicho, queda bien claro y confundido el error de algunos, que inventaron y osaron decir que Cristóbal Colón había desmayado y arrepentídose del viaje, y que los Pinzones, hermanos, le habían hecho ir adelante. Parece también la inconsideración de Oviedo que, en su *Historia*, defraudando y quitando gloria y privilegio que la bondad de Dios quiso que alcanzase, al que tan justa y condignamente ante todo el mundo la había, por sus incomparables trabajos y sudores tan diuturnos, merecido, puso esto en duda, informando de un Hernán Pérez, marinero, y otros semejantes, de quien él tomó mucho de lo que escribe. No, cierto, escogió Dios a los Pinzones para principal autor deste grande e importantísimo negocio, sino a Colón, como podemos conjurar por muchas cosas de las dichas, y otras más que se dirán, y así, como a su principal ministro, concedió el don de sufrimiento y longanimidad, para que perseverase en lo que tantos años lo había conservado, como ha parecido.

Así que, vista la tierra, bajaron todas las velas, quedándose los navíos con el papahigo, que dicen los marineros, de la vela mayor, sacadas todas las bonetas, y anduvieron barloventeando hasta que fue de día.

[En: BARTOLOME DE LAS CASAS: *Historia de las Indias*. Caracas, Edición Biblioteca Ayacucho, Tomo I, Capítulo 39, pp. 199-203].

EL DESCUBRIMIENTO DE LAS INDIAS, QUE HIZO
CRISTOBAL COLON

Armó Cristóbal Colón tres carabelas en Palos de Moguer a costa de los Católicos Reyes, por virtud de las provisiones que para ello llevaba. Metió en ellas ciento y veinte hombres,¹ entre marineros y soldados. De la una hizo piloto a Martín Alonso Pinzón; de otra, a Francisco Martín Pinzón, con su hermano Vicente Yáñez Pinzón; y él fué por capitán y piloto de la flota en la mayor y mejor, y metió consigo a su hermano Bartolomé Colón, que también era diestro marinero. Partió de allí viernes 3 de agosto; pasó por la Gomera, una isla de las Canarias, donde tomó refresco.² Desde allí, siguió la derrota que tenía por memoria, y a cabo de muchos días topó tanta yerba, que parecía prado, y que le puso gran temor, aunque no fué de peligro; y dicen que se volviera, sino por unos celajes que vió muy lejos teniéndolos por certísima señal de haber tierra cerca de allí. Prosiguió su camino, y luego vió lumbre un marinero de Lepe y un Salcedo. A otro día siguiente, que fué 11 de octubre del año de 1492, dijo Rodrigo de Triana: «Tierra, tierra»; a cuya tan dulce palabra acudieron todos a ver si decía verdad; y como la vieron, comenzaron el *Te Deum laudamus*, hincados de rodillas y llorando de placer. Hicieron señal a los otros compañeros para que se alegrasen y diesen gracias a Dios, que les había mostrado lo que tanto deseaban. Allí viérades los extremos de regocijo que suelen hacer marineros: unos besaban las manos a Colón, otros se le ofrecían por criados, y otros le pedían mercedes. La tierra que primero vieron fué Guanahaní,³ una de las islas Lucayos, que caen entre la Florida y Cuba, en la cual se tomó luego tierra, y la posesión de las Indias y Nuevo Mundo, que Cristóbal Colón descubría por los Reyes de Castilla.

De Guanahaní fueron a Barucoa, puerto de Cuba, donde tomaron ciertos indios; y tornando atrás a la isla de Haiti, echaron áncoras en el puerto que llamó Colón Real. Salieron muy aprisa en tierra, porque la capitana tocó en una peña y se abrió en parte que ningún hombre pereció. Los indios, como los vieron salir a tierra con armas y a gran prisa, huyeron de la costa a los montes, pensando que fuesen como caribes⁴ que los iban a comer. Corrieron los nuestros tras ellos, y alcanzaron una sola mujer. Diéronle pan y vino y confites, y una camisa y otros vestidos, que venía desnuda en carnes, y enviáronla a llamar la otra gente. Ella fué y contó a los suyos tantas cosas de los nuevamente llegados, que comenzaron luego a venir a la marina y hablar a los nuestros, sin entender ni ser entendidos mas de por señas, como mudos. Traían aves, pan, fruta, oro y otras cosas, a trocar por cascabeles, cuentas de vidrio, agujas, bolsas y otras cosillas así, que no fué pequeño gozo para Colón. Saludáronse Cristóbal Colón y Guacanagari, rey o (como allí dicen) cacique de aquella tierra. Diéronse presentes el uno al otro en señal de amistad. Trajeron los indios barcas para sacar la ropa y cosas de la carabela capitana, que se quebró. Andaban tan humildes, tan bien criados y serviciales

-
1. Reduce el número a noventa hombres Fray Bartolomé de las Casas. (Nota D.).
 2. Léase VIAJES DE CRISTÓBAL COLÓN, tomo número 18 de la colección de *Viajes Clásicos* editada por CALPE.
 3. Hoy isla Watling. (Nota D.).

como si fueran esclavos de los españoles. Adoraban la cruz, dábanse en los pechos e hincábanse de rodillas al Ave María, como los cristianos. Preguntaban por Cipango; ellos entendían por Cibao, donde había mucho oro: no cabía de placer Cristóbal Colón oyendo Cibao y viendo gran muestra de oro allí, y ser la gente simple y tratable; ni veía la hora de volver a España a dar nueva y muestra de todo aquello a los Reyes Católicos. Y así, hizo luego un castillejo de tierra y madera, con voluntad del cacique y con ayuda de sus vasallos, en el cual dejó treinta y ocho españoles con el capitán Rodrigo de Arana, natural de Córdoba, para entender la lengua y secretos de la tierra y gente, entre tanto que él venía y tornaba. Esta fué la primera casa o pueblo que hicieron españoles en Indias. Tomó diez indios, cuarenta papagayos, muchos gallipavos, conejos (que llaman hutias), batatas, ajíes, maíz, de que hacen pan, y otras cosas extrañas y diferentes de las nuestras, para testimonio de lo que había descubierto. Metió asimismo todo el oro que rescatado habían en las carabelas, y despedido de los treinta y ocho compañeros que allí quedaban, y de Guacanagari, que lloraba, se partió con dos carabelas y con todos los demás españoles de aquel puerto Real; y con pródigo viento que tuvo llegó a Palos en cincuenta días, de la misma manera que dicho habemos halló las Indias.

[En: FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA: *Historia General de las Indias*. Madrid, Calpe. Tomo I, Capítulo XVI, pp. 42-45].

LOS CONQUISTADORES

Refiere Fray Bartolomé de Las Casas, que cuando Cristóbal Colón desembarcó en la isla de Guanahaní (12 de octubre de 1492) y tomó posesión de aquella tierra “por el Rey é por la Reina sus señores”, “los indios que estaban presentes, que eran gran número, á todos estos actos estaban atónitos mirando los cristianos: . . . parábanse á mirar los cristianos a los indios, no menos maravillados que los indios dellos, cuanta fuese su mansedumbre, simplicidad y confianza de gente que nunca cognoscieron, y que por su apariencia, como sea feroz, pudieran temer y huir de dellos; cómo andaban entre ellos y a ellos se allegaban con tanta familiaridad y sin tan temor y sospecha, como si fueran padres y hijos: . . . trujeron luego á los cristianos de las cosas de comer, de su pan y pescado, y de su agua, y algodón hilado, y papagallos verdes muy graciosos, y otras cosas de las que tenían: . . . traían en las narices unos pedacitos de oro; preguntóles el Almirante por señas donde había de aquello, respondían, no con la boca sino con las manos, porque las manos servían aquí de lengua, según lo que se podía entender, que yendo al Sur ó volviendo la isla por el Sur, que estaba, diz que, allí un Rey que tenía muchos vasos de oro”.

Se determinó Colón a ir allá, y sacar de esas tierras “provecho y rentas para los Reyes, temiendo siempre que tan grande negociación se le había al mejor

tiempo de estorbar, porque via que si los Reyes se hartaban ó enojaban de gastar, no la habían de llevar al cabo" . . . No podía en verdad justificar de otro modo el Almirante su temeraria empresa, ni esperar que siguiera España protegiéndole, si de los nuevos descubrimientos no resultaban provecho y rentas para sus reyes y vasallos; pero —añade candorosamente Las Casas— “no teniendo tanta perspicacidad y providencia de los males que podían suceder, como sucedieron, por excusación de los cuales se debiera de arriesgar toda la prosecución y conservación del negocio, y andar poco á poco, temiendo más de lo que se debía temer la pérdida temporal, ignorando también lo que no debiera ignorar concerniente al derecho divino y natural, y recto juicio de razón, introdujo y comenzó á sentar tales principios, y sembró tales simientes, que se originó y creció dellas tan mortíferas y pestilencial hierba, y que produjo de sí tan profundas raíces, que ha sido bastante para destruir y asolar todas estas Indias, sin que poder humano haya bastado á tan sumos é irreparables daños impedir ó atajar. Yo no dudo que si el Almirante creyera que había de suceder tan perniciosa jactura como sucedió, y supiera tanto de las conclusiones primeras y segundas del derecho natural y divino, como supo de cosmografía y de otras doctrinas humanas, que nunca él osara introducir ni principiár cosa que había de acarrear tan calamitosos daños, porque nadie podrá negar él ser hombre bueno y cristiano . . .”¹

Vense señaladas en este admirable trozo de Las Casas la fuerza inicial y las consecuencias inevitables de la conquista de América. Si la gloria del descubrimiento hubiera quizás bastado á satisfacer el alma de Colón, en cambio sus compañeros esperaban y sus sucesores debían buscar un resultado más conforme con los propósitos y el ideal de su tiempo. Los pedacitos de oro de los indios de Guanahaní determinaron a la vez la aventura triunfal de los conquistadores y el destino de la raza americana. Ni peligros, ni obstáculos, ni actos vedados por la religión o la moral, habían de contener a aquéllos, hasta hallar las prodigiosas riquezas que sospechaban en las regiones desconocidas. Mientras existiera oro, o esperanza de descubrirlo, no podía tener otro objeto la conquista; y los indios, ora se sometiesen de buen grado, ora resistiesen á los invasores, habían de correr necesariamente la misma suerte desgraciada. A los mansos y hospitalarios les esperaba el despojo y la opresión; los guerreros iban a pagar con la vida la inferioridad de sus armas.

El espíritu magnánimo de Isabel la Católica procuró desde el principio poner a los indios bajo la protección de leyes generosas; pero no era fácil que leyes dictadas en España encontraran en América quien las aplicase ni respetase. No era tampoco verosímil que el alma compasiva de Las Casas hallara muchos imitadores en la especie de hombres que en los primeros tiempos dejaron su patria para buscar en América gloria y fortuna.

Comme un vol de gerfauts hors du charnier natal,
Fatigués de porter leurs misères hautaines,
De Palos de Moguer, routiers et capitaines
Partaient, ivres d'un rêve heroique et brutal.

1. *Historia de las Indias*, lb. I, cap. XL y XLL.

Por largos años habían de ser las Indias, como exagerando dijo Cervantes, “refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvo conducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos”.³ No se debe olvidar, sin embargo, que entre los conquistadores hubo muchos que leían y comprendían a los grandes escritores de su época y que en medio de sus arriesgadas aventuras, a pesar de su desenfrenada hambre de oro y no obstante su fanatismo católico, no dejaron de ser espíritu superiores, juristas y hombres de Estado como Gonzalo Ximenes de Quesada, poetas desenfadados como Juan de Castellanos, clérigos de ideas geniales como Bartolomé de Las Casas, algunos frailes iniciadores de la historia americana como Pedro Simón, y algunos Gobernadores que por su conducta, mentalidad y proyectos se adelantaban a su tiempo. La cultura española empezó a echar raíces en el suelo conquistado cuando, destruída la civilización indígena, donde la hubo, y desaparecidas o domadas las “naciones” más belicosas, pudo otra gente, que no la turba aventurera de la conquista, pedir a la tierra los medios de subsistencia que no daba ya el oro de los tiempos saqueados, como en el Perú, el oro de los indios engañados o vencidos, como en las regiones de Venezuela. Aquí no hallaron los españoles grandes ciudades ni inmensas riquezas. La fábula de El Dorado, el mito de la aurea Macatoa, con que los naturales los fascinaron, no sirvió más que para lanzarles en expediciones desgraciadas o inútiles. Ni encontraron tampoco aquí los conquistadores, un gobierno nacional cuyo reemplazo les hubiera librado en seguida todo el territorio: tuvieron que dispersar sus fuerzas para guerrear con innumerables tribus que obedecían cada una a su rey o cacique. Lo cual, con diversas circunstancias que se apuntarán después, explica por qué la conquista y colonización de Venezuela fué menos rápida que la de otras partes de América.

Colón en su tercer viaje, 1498, pasó por las bocas del Orinoco y golfo de Paria, costeano la tierra firme que, según creyeron sus compañeros entender de los indios, se llamaba de Maracapana. Al año siguiente los descubridores Alonso de Ojeda, Pedro Alonso Niño y Luis y Cristóbal Guerra, recogen gran cantidad de perlas en aguas de las islas de Margarita y Cubagua; lo que decide en 1500 á los habitantes de la Española (Santo Domingo) a fundar en Cubagua una colonia, primer establecimiento español en Venezuela. La historia de esta colonia es breve. Comienza con la abundancia de perlas, tanta, que en los primeros años el quinto correspondiente al rey no bajaba de quince mil ducados: varíanla escenas de salvajismo con motivo de las expediciones de los colonos a Tierra Firme, a buscar agua, que no había en la isla, y a cautivar indios para el buceo; acaba con la disminución del producto de la pesca, en la que pronto rivalizan y sobrepujan a Cubagua las islas de Coche y Margarita. En vano por el año de 1523 pasa aquella aldea a la categoría de ciudad, con el nombre de Nueva Cádiz. En vano los neogaditanos hacen ostentación de valor y fuerza militares cuando en 1528 los atacan, sin mucho empuje y ningún éxito, unos filibusteros franceses. Sucédense años de decadencia hasta el de 1543, en el que un vendabal arrasa la ciudad, y al cabo de

2. JOSÉ MARÍA DE HEREDIA, *Les Conquérrants*.

3. CERVANTES, *El celoso extremeño*.

poco tiempo queda despoblada. De establecimientos permanentes, o industriales o mercantiles, no tenían aún propósito ninguno los conquistadores.

La conquista de la provincia que se llamó primero "Venezuela", después "Caracas", y que se extendía por el Norte desde un punto indeterminado de la costa de Cumaná hasta el Cabo de la Vela, empezó con las entradas que de las islas vecinas hacían los traficantes de indios esclavos.⁴ A corregir los excesos de los indieros, la Audiencia de Santo Domingo mandó al factor de real hacienda Juan Ampíes o Ampiés; quien por 1528 o 29 desembarcó con sesenta hombres en la costa de Curiana, territorio del cacique Manaure.⁵ Dió pruebas Ampiés, en su trato con los indios, de cierta dulzura y buena fe que contrastan con los brutales proceder de los Ojeda y Ocampo; pero a poco volvió España a su tradicional sistema de conquista...

[En: JOSÉ GIL FORTOUL: *Historia Constitucional de Venezuela*. Caracas, Parra León Hermanos, Editores, 1930. Tomo Primero, Capítulo I, pp. 9-13].

LA VOLUNTAD DE HIERRO DEL DESCUBRIDOR

En la mejor y más grande parte de la tierra unida y continuada que se llama impropriamente todavía Nuevo Mundo, existen hoy varias naciones soberanas e independientes que constituyeron en lo antiguo la porción más considerable del vasto imperio ultramarino de España. Méjico y el Perú, Buenos-Aires y Chile, Guatemala, las comarcas situadas en el Ecuador, el Nuevo reino de Granada y las tierras que baña el mar Caribe, eran de este número. Territorios inmensos, ricos, bellos, que hace cuatro siglos, ignorados de las gentes del orbe antiguo y habitados por una raza de hombres diferentes, yacían en un estado semibárbaro, sin relación alguna con el resto del mundo.

Guiados por el inmortal Cristóbal Colón, descubriéronlos y visitáronlos por la primera vez los castellanos en el siglo xv, cuando eran en verdad muy cortas las ideas de los hombres en punto a geografía, escasa la ciencia astronómica y muy imperfecto el arte admirable de la navegación, en el que sólo contados adelantos se habían hecho desde la caída de la potencia romana. Después de este gran suceso que cambió la faz del mundo, sustituyendo el poder y la ignorancia de los bárbaros del norte, al dominio, a la ciencia y a la corrupción del pueblo rey, apagóse por mucho tiempo en el mundo antiguo la luz del saber y gimió la humanidad bajo el triple yugo

4. El nombre de Venezuela, lo mismo que el de América, trae su origen de los viajes de Amerigo Vespucci. Véase en el Apéndice, N° 1 el resumen de la controversia histórica sobre los viajes y relaciones del navegador florentino.

5. Un hijo suyo, adelantado de la expedición, había desembarcado en 1527 y fundado la ciudad de Santa Ana de Coro. PEDRO M. ARCAÑA, *Historia del Estado Falcón*. Caracas, 1920. Sancho Briceño y Esteban Mateos fueron los primeros Alcaldes.

de la ignorancia, de la superstición y el despotismo. Mal podían dedicarse entonces a empresas de común provecho reyes poco seguros sobre sus tronos, en continua guerra con vasallos poderosos que les disputaban la autoridad, ni pueblos infelices cuya suerte era vivir oprimidos por unos y por otros. Y entre todas, la que más descuidada debió ser en aquel tiempo infausto, fué la ciencia exploradora de la tierra, la que nos enseña sus diversos accidentes, situación, habitantes y costumbres; porque esta ciencia cuya perfección depende de la de otras muchas, progresa a la par del comercio marítimo, casi nulo entonces. Pereció la grandeza romana; diez siglos trascurrieron y muy poco se había adelantado en geografía. Allá en el ix se descubrió la Groenlandia; doscientos años después contribuyeron las cruzadas al progreso de la civilización en Europa y se adquirieron por su medio noticias más extensas y exactas del occidente y mediodía del Asia. Guiados de una noble curiosidad y sin más recursos que los propios, hicieron viajes dilatados a lejanas y desconocidas regiones, algunos hombres valerosos, entre los cuales se distinguen el judío español Ben Jonah en el siglo xii, en los xiii y xiv el veneciano Marco Polo, el inglés Juan de Mandeville, el fraile franciscano Oserico de Pordenone, Pegoletti, Bouldeselle y otros muchos.

A grandes distancias de la tierra se hicieron en el siglo xv varias expediciones atrevidas sobre el Océano Atlántico. Las contrataciones con los pueblos bárbaros del Africa y sus islas en que se adquirían a poca costa esclavos, frutos y metales preciosos, dieron particular esplendor a la ciudad de Sevilla, plaza principal de aquel comercio; y un ardor nunca visto de empresas marítimas puso en movimiento la población costanera de la Andalucía. Debiéronse estos bienes al celo con que los reyes de Castilla promovieron a principios del mismo siglo la conquista y población europea de las islas Canarias, visitadas desde el anterior por varios navegantes nacionales y extranjeros.

Pero mayores beneficios produjo aún aquella medida, excitando la emulación de los portugueses, quienes siguiendo la misma carrera que sus vecinos, muy en breve oscurecieron el brillo de sus empresas, perfeccionaron en gran manera el arte de la navegación, y dando ensanche y vuelo al comercio marítimo, llegaron a ser poderosos y temidos de todas las naciones. Limitáronse, empero, sus expediciones a las costas del continente antiguo, si bien fué suya la feliz idea de doblar el cabo meridional del África en busca de los mares indios y de aquellas famosas islas de la especería, cuyo lucrativo comercio había sido desde los tiempos más remotos, la riqueza de unos pueblos y la envidia de otros. Idea grande, fecundísima en resultados y cuya arriesgada ejecución inmortalizó algún tiempo después a Vasco de Gama.

Ni fué la realización de estas famosas expediciones el único mérito de los portugueses, ni la manera única como contribuyeron en beneficio de los descubrimientos marítimos en el Océano. Luego que los navegantes sevillanos comunicaron a sus comarcas extranjeras del Algarbe los conocimientos que tenían acerca de los mares y costas del África hasta el cabo Bojador, formó el príncipe Henrique de Portugal el plan de mayores descubrimientos meridionales. Los más experimentados marinos creían entonces que aquel cabo era el término de lo navegable, y postreras de las tierras aquellas que se extendían de la otra parte, sesenta leguas

más allá de la costa descubierta; o cuando no, tenían por cierto que eran inhabitables para el hombre, a causa del sol que tostaba y hacía estéril la zona tórrida, ya poco distante. Pues a pesar de estas preocupaciones, apoyadas en la ciencia del tiempo, el sabio y heroico príncipe Henrique concibió y llevó a cabo el proyecto de descubrir tierras, partiendo de ese mismo punto que se tenía por término del camino. Veinte y tres años de su vida los empleó lleno de celo y constancia en promover sin fruto tan ardua empresa, hasta que por último bajeles y capitanes suyos descubrieron casualmente las islas de Porto-Santo y la Madera. Reanímase con el venturoso hallazgo las muertas esperanzas, redóblanse los esfuerzos y se vence por fin el temeroso cabo en 1433. Desvanecidas así las antiguas preocupaciones, osaron ya los marinos engolfarse lejos de la costa, y aprovechándose el príncipe del entusiasmo que infundió el suceso, dispuso nuevas expediciones con naves mayores y más fuertes, que pudiesen surcar los mares tempestuosos de aquella peligrosa carrera. Murió el príncipe en 1460, cargado de años y de gloria, después de haber logrado ver descubierta la costa de África hasta Sierra-Leona, y convertidas en colonias portuguesas las islas de Madera, las de Cabo-Verde y las Azores. No alcanzó empero la dicha que con tanto esmero y solicitud buscó su ingenio, la de doblar la extremidad meridional del Africa y dejar asegurada a su patria la contratación directa con las tierras de oriente.

A imitación de su benéfico tío, persistió constante en la demanda el rey Don Juan II, quien a su advenimiento al trono halló reconocida la costa de Guinea hasta más allá del Ecuador, y muy avanzada la probabilidad de rodear el continente. En su tiempo, en su reino y por el honor y galardones que dispensó a las letras, se inventó la aplicación del astrolabio a la navegación, para observar la altura meridiana del sol sobre el horizonte; se calcularon las declinaciones diarias de este astro y se redujeron a tablas. Ya a fines del siglo XIII se había aplicado a la náutica la propiedad que tiene el iman o calamita de dirigir uno de sus polos constantemente al norte. De ahí el utilísimo invento de la brújula o aguja de marear, a que se deben los progresos de la navegación y de la geografía en los últimos tiempos. Con ella pudieron los navegantes abandonar las costas que antes no se atrevían a perder de vista, y pudo formarse el designio de buscar nuevas tierras a gran distancia de las ya conocidas; pues por su medio se facilitó el conocimiento del lugar donde se hallaban las naves sobre la inmensidad de las aguas. Guiados los pilotos por la aguja y poseedores de astrolabio, no temieron arrostrar los peligros del Océano.

A vista de tan notable progreso, enciéndense en espíritu y valor los ánimos, vuelve a vivir la desmayada esperanza, los viajes ultramarinos se multiplican. Descúbrese el extremo austral del África. ¡Cuántos objetos nuevos y extraños excitan entonces la atención y confunden la presuntuosa ignorancia de los sabios de aquel tiempo! Desengañados de grandes errores, fórmanse más extensos designios y se toma el especial empeño de doblar el cabo final del África, con el objeto de navegar a la India y ocupar su riquísimo comercio. Revivieron entonces con crédito de verdaderas algunas ficciones antiguas sobre tierras incógnitas: dióse asenso a relaciones que antes se habían juzgado fabulosas. Recordóse que un filósofo antiguo había anunciado a Alejandro Magno la existencia de otros mundos: recordóse a

Platón y su Atlántida con pueblos numerosos y felices. Los escritores antiguos y sus aserciones de tierras vistas o imaginadas en la mar grande, se consultaron y creyeron. Aquella famosa isla que según Aristóteles fué hallada por los cartagineses en los tiempos remotos a mucha distancia del continente, y que quisieron poblar, llevados de su amenidad y su riqueza, se dibujó en las cartas con el nombre de Antilla. Fenómenos ópticos observados en algunos lugares sobre la superficie de las aguas, se tomaron por tierras verdaderas. Provino de aquí el que los geógrafos de aquella época, ignorantes y crédulos, trazasen en los mapas islas y continentes a su antojo, dando con ello motivo a que se formasen multitud de expediciones inútiles o desgraciadas para descubrir los límites occidentales del Océano, fiados los marinos en la engañosa luz de aquellas cartas.

La enorme distancia que media entre los términos orientales del continente antiguo y las islas africanas, descubiertas por españoles y portugueses, hizo creer que en el piélago que ocupa aquel espacio, se ocultaban muchas y muy grandes tierras. Un extremo de esa distancia, es a saber, el remate oriental del Asia desde la península de Malaca hasta la de Corea, era en verdad conocido por las relaciones de Marco Polo; quien refiriéndose a los pilotos chinos, comunicó también algunas noticias, aunque vagas, de las islas del archipiélago asiático. Pero de allí en adelante hasta las Fortunadas, donde fijó Tolomeo el límite occidental del antiguo mundo, no había sino aguas nunca vistas ni exploradas por el hombre. Las cartas imperfectas, las tradiciones oscuras, las noticias ora diminutas, ora exageradas por la ignorancia o mala fe, no eran suficientes para justificar el empeño de intentar aventuras en el Océano. En otro tiempo las buscaron sin fruto algunas naciones; peligros y desastres solamente habían hallado en ellas los españoles y portugueses. Así que, desanimados los marinos, desistían ya de la empresa de internarse en los mares, cuando presentándose un ingenio extraordinario en la escena del mundo, indicó mejor método y camino a los descubrimientos y los hizo portentosos, poniendo al género humano en posesión del patrimonio que le destinó la Providencia.

Este hombre extraordinario fué el genovés Cristóbal Colombo, o Colon, como se llamó en España, y como hoy le nombra la historia; sujeto doctísimo en la náutica y dotado de grande espíritu y valor. Dedicado desde la edad temprana al estudio de las letras, continuólo en la universidad de Pavía, volviendo a su patria a la edad de catorce años con las nociones suficientes para abrazar la profesión náutica a que se mostró siempre grandemente inclinado. Siguióla despues toda su vida con admirable constancia; y para satisfacer su noble curiosidad y perfeccionarse en su arte, navegó en todos los mares visitados por los europeos y se aventuró en el Océano setentrional aun más allá de la Islandia, o la postrera Thule de los antiguos, creida hasta entonces el término de la navegación por aquellos parajes. A donde quiera que fué procuró el trato y comunicación con los sabios, conversó con las gentes experimentadas, inquirió noticias de la tierra y las tradiciones de viajes y descubrimientos. Y comparando luego los conocimientos que adquiría con los que le suministraba la lectura de los autores, llegó a ser profundo piloto y aventajado cosmógrafo.

No contento con la luz de su propio estudio y experiencia, se fué a Portugal hacia el fin del reinado de Alfonso V, buscando otra mayor en la comunicación

con los marinos del reino, los mejores del mundo en aquel tiempo. Cásase allí con D^a Felipa, hija de Bartolomé Muñiz Perestrelo, primer poblador de Porto-Santo, caballero de la real casa y célebre navegante de su época. De ella obtiene las escrituras, cartas e instrumentos náuticos que habían servido al suegro en los viajes que había hecho por orden del infante Don Henrique: visita luego los descubrimientos nacionales, y examinando la historia de ellos, halla que se les puede dar mejor dirección buscando el tránsito a la India por más corto y seguro camino. Su plan era ir en demanda de aquella tierra, atravesando el Océano Atlántico en dirección al poniente.

Por más atrevido e infundado que a primera vista apareciese semejante proyecto, en un tiempo en que nadie había penetrado cien leguas por la dirección que él indicaba, persuadieron de su certeza a Colon plausibles razones. Los vientos del occidente habían arrojado sobre las islas de Porto-Santo y otras, algunos maderos labrados sin hierro y cañas de gran tamaño, semejantes a las que, según Tolomeo, crecen en la tierra de la India. En los mismos lugares y mar adentro por el rumbo del occidente, se habían visto flotar sobre las aguas dos cadáveres de aspecto muy diverso al de los hombres del mundo conocido. Corroboraban estos indicios varias sentencias de autores clásicos tenidos por infalibles en aquella época; y, no faltaba copia de racionios especiosos, fundados en los principios que corrían con honores de ciencia geográfica. Juzgaron desmesurada los antiguos la longitud del Asia. Correspondía el país de los seres con los límites occidentales del imperio de la China, y si bien Tolomeo lo había situado doce horas al naciente de las Fortunadas, adoptó Colón a opinión de Marino Tirio que lo puso a las quince, acercándolo así tres por el lado del poniente. Parte de esta distancia la suponían ocupada por una tierra incógnita muy extensa, que, según el sentir de Marco Polo, debía marcarse dos horas al oriente de la tierra de los seres, es decir, siete al occidente de las islas Fortunadas. Y como en esta dirección se había explorado ya el espacio de una hora, solo faltaban seis, o noventa grados, para completar la división convencional de la esfera. De esta distancia era preciso rebajar aun la latitud de la tierra incógnita y sus islas, las cuales podían extenderse tanto, que fuese muy pequeño el intervalo que las separaba de Europa, como lo sospechó Aristóteles. Séneca además dejó escrito que con viento favorable en poco tiempo pudiera irse de la India a las costas de España.

Aunque poco de acuerdo en las circunstancias, todos los autores clásicos, tanto filósofos como historiadores y geógrafos, estaban contestes en la opinión de que en la inmensidad del Océano había continentes, o cuando menos grandes islas, contrapuestas al mundo conocido. Tal fué el sentimiento del gran maestro Aristóteles. Los sacerdotes egipcios comunicaron a Solón varias antigüedades que Platón refiere, entre otras una relativa a la Atlántida, que aseguraban haber ocupado lo largo del Océano, desde la boca del estrecho de Gibraltar. También dijeron al legislador de Atenas, que de la otra parte había muchas islas y un gran continente. Refiere Eliano una tradición que representaba la Europa, el África y el Asia como una gran masa de tierras, rodeada en todas direcciones por las aguas del mar: rico en oro y plata existía el verdadero continente, dentro en el inmenso piélago atlántico. Escribieron Virgilio y Plinio de las islas Hespérides, que se

hallaban a cuarenta días de navegación de las Górgadas, que Colón creía encontrar en las islas africanas de Cabo-Verde.

Tales fueron en suma los datos de donde partió el ilustre genovés para formar el proyecto de la gran navegación occidental en demanda de la India, y con la esperanza de hallar al paso otras tierras: opinión en que mayormente se afirmaba al considerar la pequeña extensión de los países conocidos respecto de los mares, pues era muy válida en aquel siglo la idea de que las aguas ocupaban la más pequeña parte de nuestro globo. Con esto, y hallando favorable el dictámen del físico Paulo Toscanelli, doctísimo en la astronomía, tuvo por ciertos de todo punto los fundamentos de su proyecto. Y ya no pensó sino en hacerlo adoptar por alguno de los príncipes de la cristiandad, para con su ayuda conducirlo a cumplido remate. Prometíase de él grandes bienes para el mundo, y para sí mismo un alto puesto en la sociedad e inmarcesible renombre en las generaciones futuras.

Lleno de confianza, propone su plan a Juan II, monarca el más a propósito para juzgarlo y ponerlo por obra. Recíbenle con frialdad los ministros y muéstranse desafectos a la empresa; y aunque considerada por el rey, la aprueba este y se procede a capitular, encuentra Colón que no son suficientemente ventajosas las condiciones que se le ofrecen. Entre tanto envían los ministros portugueses una carabela a descubrir por los parajes que señalaba el plan, e indignado Colón de la superchería, determina salir del reino. El temor de ser detenido le obliga a partir en secreto para Génova, a cuya Señoría ofrece sus servicios. Desechólos el Senado, menospreciando su mérito y apellidando sus ideas ilusiones de acalorada y enferma fantasía; por lo que, desabrido con la patria, se ausentó en breve de ella y destinó para negociar en Londres con Henrique VII a su hermano Bartolomé, hombre de seso y marino aventajado, a tiempo que él mismo se encaminaba diligentemente a España, para probar si la fortuna favorecería allí mejor sus intereses. Regían entonces aquella tierra los reyes llamados Católicos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, cuyo feliz enlace reunió para siempre aquellas dos coronas, en beneficio de la propia gloria y de la felicidad de los pueblos peninsulares.

En la villa y comarca de Palos encontró Colón amigos verdaderos que le ayudaron con dinero y consejos; y también hombres instruidos y peritos que aprobaron su proyecto y le animaron acaloradamente. Con lo cual, y habiendo recibido de Fray Juan Pérez de Marchena recomendaciones para sujetos que tenían mucha mano en los negocios del gobierno, partió a la ciudad de Córdoba, en donde encontró a los reyes y allí les hizo sus primeras propuestas. Danle grato acogimiento los monarcas y le esperan; si bien no era aquella la mejor ocasión para tamaña empresa, por los cuidados de la guerra morisca de Granada, la penuria del tesoro público y la urgencia de otras atenciones. Mándase, empero, juntar a los cosmógrafos más hábiles del reino, para examinar el proyecto y juzgarlo. ¡Curiosas objeciones se le hicieron! El viaje a la India ofrecía grandes dificultades. Acaso estaría el mar elevado y sería como subir cuesta arriba; fuera de que el mar era enorme, y en tres años no había forma de llegar al fin de los países orientales. Y dado que no fuese un desatino creer en la existencia de tierras hacia el occidente, era claro que si existían, habían de ser inhabitables o desiertas, porque Tolomeo no las había descrito y porque la existencia de los antípodas había sido nega-

da por San Agustín. Por más que procuró Colón desvanecer semejantes argumentos, los pretendidos sabios conservaron tenazmente sus opiniones. Otros que sin tener título de tales, eran más eruditos, adoptaron con docilidad las ideas del genovés; pero en general se dividieron todos en varias sentencias. Y puesto que Colón ganase crédito y fama con motivo de estos partidos, nada se adelantaba en el asunto principal, a pesar del celo y constante actividad con que lo promovía. Por fin los reyes remitieron el negocio para más adelante, mal informados, o a causa de las atenciones y urgencias del gobierno. Impaciente Colón, interpretó la tardanza por una negativa completa, y propuso tratos al duque de Medinasidonia y aun dicen que al de Medinaceli, señores poderosos, dueños de inmensas heredades. También sin efecto; con lo que escribió sobre su empresa a Luis XI, rey de Francia, y se preparó para hacer viaje a París. Desde allí, si fuese desechado, iría a Londres con el fin de vigorizar la demanda del hermano Bartolomé, de quien nada había sabido hasta entonces.

Detúvole en Palos su grande amigo Fray Juan Pérez con infinitos ruegos, y aun más con la promesa de inclinar a su favor el ánimo de la reina. Para cumplirla partió al campo de Santa Fe, frente a Granada, y allá representó a Isabel muchos y poderosos motivos de honor y conveniencia para España en la adopción y cumplimiento de aquel noble proyecto. Tenía valimiento con la reina, y era además varón de grande entendimiento y doctrina. Oyósele, y cediendo a sus exhortaciones, se dispuso que Colón volviese a la corte y recibiese para los gastos de este viaje veinte mil maravedis. Semejante resultado, que parecía decisivo, no fué con todo de ningún provecho; porque con la llegada de Colón se renovaron las anteriores disputas, volvieron a encenderse las opiniones, tornóse a porfiar y proponer sin fruto. Allí, como en Lisboa, se regateaba al futuro descubridor los honores y beneficios que pedía, mientras que él, invariable en sus ideas de engrandecimiento, no cedía un punto de las grandes condiciones que solicitaba. Parecieron estas duras, excesivas: ni valió para hacerlas aceptar el que Colón propusiese contribuir con la octava parte de los gastos, si se le concedía igual parte en la ganancia. Teniéndose por improbable el buen resultado del proyecto, pensaban algunos áulicos y cortesanos que sería lijereza conceder a un oscuro aventurero, bajo la fe de promesas vanas, los honores y premios que pedía; y aun cuando sus ofertas llegasen a verse realizadas, siempre juzgaban excesiva la recompensa. Alegóse el ejemplo de Génova y Portugal: juiciosas y prudentes aquellas dos potencias, habían manifestado sin rebozo su desafecto a la empresa de un impudente arbitrista. Viendo Colón que las diferencias no podían componerse, y que la corte, cansada del asunto, le negaba nueva audiencia, se dispuso segunda vez para el viaje de Francia, despidióse de sus amigos y tomó el camino de Córdoba a principios de 1492, dando por perdidos los siete años que había empleado en ofrecer inutilmente a España sus servicios. Y esto sucedía a tiempo que la nación rebosaba en júbilo por la conquista de Granada, último asilo de la dominación sarracena en las regiones del mediodía de Europa.

Pero, ¡qué sabe el hombre cuando le ha dado de mano la fortuna, o cuando se halla más próximo a gozar de sus favores! Perdida la esperanza y con el corazón lleno de angustia, caminaba el ilustre genovés, sintiendo más y más a cada

paso dejar el reino en que había pensado naturalizarse, e incierto de la suerte que le seguiría en los que iba a visitar. Casi desesperaba ya de llegar algún día al suspirado término de sus deseos, cuando le dió alcance un mensajero despachado de la corte en su seguimiento. Llamábasele, aceptadas ya la empresa y condiciones, para formalizar estas últimas y disponer lo necesario al gran descubrimiento de las tierras occidentales.

Provenía este súbito cambio de que, no bien había partido Colón, cuando Luis de Sant Ángel, escribano de raciones de la corona de Aragón, se abocó con la reina, haciendo valer a sus ojos con enérgica franqueza muchas razones de gran peso en favor de la empresa. Probóle cuánto con ella ganaría la Iglesia por su exaltación y beneficios del descubrimiento. Le dijo que era de pechos generosos el acometer arduas empresas, si se dirigían, como aquella, a objetos útiles y laudables, a tiempo que se atribuiría a poquedad de ánimo el retraerse de la que proponía Colón por dos mil y quinientos escudos que pedía para llevarla a cabo, aventurando su honor, vida y fortuna. Estos y otros argumentos decidieron a Isabel, y de tal modo la inflamaron, que manifestándose agradecida por el consejo, aceptó la empresa por su corona de Castilla. Y añadió, que si no se quería diferir algún tanto la ejecución, mientras se rehacía de los gastos de la guerra, se tomase sobre las joyas de su cámara la suma necesaria para el armamento. Por esta vez al consejo se añadió la buena obra, pues Sant Ángel ofreció lleno de júbilo prestar lo suficiente para disponer a toda prisa la interesante expedición. El rey defirió a la voluntad de su augusta esposa, y en nada hubo ya detención ni dificultad alguna.

Conforme en todo a las peticiones y deseos de Colón, se otorgó una contrata a 17 de abril de 1492, y de acuerdo con ello se le despachó privilegio en forma, fecho en Granada a 5 del mismo mes. Concedíasele a él y a sus sucesores perpetuamente el almirantazgo de las tierras que descubriese en el Océano, y se le nombraba virrey y gobernador general de todas ellas. Él y sus tenientes conocerían en todos los pleitos que se originasen de las nuevas contrataciones. Daríasele el diezmo de los efectos y frutos que por cualesquiera medios se adquiriesen; y contribuyendo con la octava parte a los gastos de los bajeles que se armasen para el comercio de las tierras nuevas, tendría igual parte en los provechos.

Aprestóse luego y sin perder momento cuanto convenía a la empresa. Dióse a Colón dinero en abundancia, ordenóse el armamento de los bajeles, se mandaron extraer de la tierra de Sevilla, libres de derechos, las municiones de boca y las de guerra necesarias para la armada, y entre otras medidas tomaron los reyes la de escribir cartas a los monarcas que pudieran hallarse en los términos del oriente, o en el Océano occidental, para que acordasen favor y protección a su enviado. Dispuesto todo de la manera conveniente, se despidió Colón de la corte, prevenido de no tocar en las posesiones portuguesas de África y sus islas. En seguida se dirigió al puerto de Palos, de donde debía salir la expedición, y allí, aunque con trabajo, se hallaron marineros con que tripular las tres naos que a ella se destinaban. La mayor, que era de gavia, la montó Colón como almirante; las otras dos, que eran carabelas del porte de cuarenta toneladas, tenían por capitanes a los dos hermanos Martín Alonso Pinzón y Vicente Yañez, naturales de Palos, y armadores ricos y muy peritos en la náutica, los cuales suplieron a Colón la parte de

gastos a que estaba obligado. El celo activo y noble de estos españoles aceleró el armamento de los bajeles y facilitó que muchos de sus parientes y amigos siguiesen como marineros la ardua y temerosa jornada. No anduvo tampoco escaso de buenos oficios en esta coyuntura el excelente amigo de Colón, Fray Juan Pérez de Marchena: ni podía esperarse entonces otro porte de quien lo había tenido tan generoso y magnánimo en tiempos desgraciados. Por último, embarcáronse los navegantes en número de ciento y veinte personas, después de haber confesado y comulgado devotamente, y dando las velas al viento, salieron del puerto de Palos por Río Tinto el 3 de agosto de 1492, en demanda de las islas Canarias.

Trabajosamente llegaron a vista de ellas el 9 de agosto, y allí se detuvieron cerca de un mes, mientras se reparaban las averías de las naves. Aparejadas estas y prevenida la gente de que andadas setecientas leguas, no debía caminarsé después de media noche, diéronse nuevamente al mar en 6 de setiembre, tomando su derrota derecho al occidente desde la Gomera. De donde se colige que Colón dispuso el rumbo de su viaje según las tradiciones reveladas por Plinio y por Virgilio, acerca de las famosas islas Hespérides.

Prontamente se ocultaron en el horizonte las de Canarias, y empezaron entonces a surcar los navegantes aquel inmenso piélago sin límites conocidos, jamás explorado. Y como no llevaban dirección alguna fija, ni luz que los guiase en la difícil jornada, desfallecieron muchos de ánimo, desconfiados de volver nunca a la patria, y expresaban con suspiros y llanto su acerbo desconsuelo. Logró calmarlos por lo pronto el general; pero viendo crecer el susto y desmayo de la gente a proporción que se engolfaban en el Océano, reservó para sí el diario verdadero de la navegación, en donde anotaba exactamente el espacio recorrido, e hizo público otro diario en que acertaba considerablemente la distancia.

Generalizóse luego el terror con motivo de un fenómeno desconocido antes de aquel tiempo, y que se advirtió por primera vez a doscientas leguas de la isla del Hierro. Allí dejó de mirar la aguja como solía, hacia el norte, declinando más y más al norueste, a medida que se iba caminando al occidente; y lo que es aún más raro, diversas agujas que noruesteaban al anoecer, se hallaban fijas en la meridiana al despuntar la aurora. Confusos y amedrentados los capitanes y pilotos, se creyeron perdidos, porque la brújula a su ver se había hecho un instrumento inútil. Explicando estas variaciones del imán de un modo en apariencia plausible, por el círculo que describe cada día la estrella en derredor del polo, consiguió Colón disipar en parte el miedo de la gente; si bien todos ya azorados y perplejos, daban más lugar en su pecho al temor que a la esperanza.

Andando había cosa de cuatrocientas leguas, cuando se avistaron por el capitán de una de las carabelas muchas aves de la vía del poniente, y señales confusas de tierra hacia el norte. Pasó Colón adelante sin curarse de averiguar lo cierto del caso, persuadido de que las tierras que buscaba estaban en otra dirección y a mayor distancia. Y aquí fué precisamente donde prorrumpió la marinería en abiertas murmuraciones, hijas del espanto que les infundía el contemplarse tan engolfados en aquellos mares desconocidos. No poco contribuían al desaliento sus imperfectas nociones acerca de la navegación, teniendo por cierto que los vientos constan-

tes del este, observados entonces por la primera vez, se opondrían a su vuelta a Europa. Hasta la mansedumbre de las aguas y lo apacible del tiempo eran para aquellos hombres desvariados, signos ciertos de ruina; porque de ellos colegían hallarse muy apartados de las tierras donde pudieran salvarse. De nada sirvió que pasado el 19 de setiembre la vista de varios pájaros diese algún consuelo a la abatida gente, ni que luego se presentasen con frecuencia objetos adecuados para hacerles concebir gratas ilusiones. Colón mismo las tuvo, y empezó a usar por precaución de la sonda, puesto que no halló fondo con doscientas brazas. Indicios falaces. La tripulación, que a pesar de ellos no veía parecer la tierra, se alteró de nuevo. Desestimadas las razones con que procuraba desvanecer sus terrores y, sobre todos, el que les ocasionaban los vientos orientales, vió Colón desacatada su autoridad y próximo el instante de una sublevación general e irremediable. Levantóse en esto un viento del norueste, las aguas, antes bonancibles, se hincharon, viéronse otros pájaros y peces. A vista de estos signos, favorables en la creencia de la tripulación, aplacóse esta otra vez.

Pero fué por corto tiempo. Poseidos los más de un terrible miedo al ver faltar los indicios, amenazaron sublevarse, proponiéndose dar la vuelta a Castilla y arrojar a Colón disimuladamente al mar, si por acaso lo resistía. Grande apuro fué éste, y capaz de hacer vacilar el ánimo más firme; mas era el de Colón incontrastable y animábale además su entusiasmo por una empresa que creía segura y la mayor del mundo: resolvió, pues, morir antes que dejársela arrebatar de las manos.

Y, como casi siempre sucede, el varón de levantado espíritu y grande entendimiento, venció a la amotinada muchedumbre con el valor sereno y la palabra. Afeó a algunos su cobardía, a otros amenazó, ofreció a todos grandes premios si continuaban constantes la jornada. Contenidos los sediciosos, insistió en su ruta al poniente, luego que reconoció ser ilusión la vista de tierras en dirección al sudeste. Entre tanto dejábanse ver con frecuencia aves y peces y manchas de yerba sobreaguada que, a semejanza de praderías, cubrían la superficie del mar. Negándose Colón a navegar por los rumbos de norte o sur en demanda de islas que algunos suponían en aquellas direcciones, siguió con viento favorable al poniente, esperando siempre en descubrir por este lado. La desmandada tripulación iba ya a insurreccionarse, cuando a más de las señales observadas, se vieron muchas avecillas que volaban juntas. Del extremo desmayo pasó con esto la gente a una confianza excesiva; achaque de espíritus flacos o de imaginaciones acaloradas, que ven siempre colosal el peligro o la esperanza. Enardecidos muchos con los indicios de tierra, creían verla a cada paso; mas para evitar el desconsuelo de repetidos desengaños, dispuso el general que quien alzase la voz para anunciarla, perdiese, caso de no ser hallada dentro de tercer día, el derecho a la pensión de diez mil maravedis que los reyes habían concedido al primer descubridor.

No impidió esto que al amanecer el 7 de octubre, creyendo de cierto haber divisado tierra, enarbolasen las banderas y disparasen un cañonazo los de la carabela que iba delante. Fué alborozo de pocos instantes, pues desvaneciéndose presto la ilusión, de alegres tornáronse mustios y turbados. Motivos de gran consuelo hicieron revivir, sin embargo, al día siguiente las muertas esperanzas. Entre otros indicios, túvose por felicísimo el de muchas bandadas de pajarillos de diver-

sos colores que volaban cantando hacia el sudeste. Tomólos Colón por guía, siguiendo el camino que indicaban, ya porque recordase haber los portugueses descubierto de aquel modo muchas de sus islas, ya porque hubiese llegado el término en que según sus cálculos y anuncios, debían hallarse las tierras. Hasta aquel punto quedaban andadas más de 750 leguas al occidente de las Canarias, por el paralelo de la isla del Hierro.

A medida que avanzaban y que las señales de tierra próxima parecían más indubitables, subía de punto el general desasosiego: los unos estaban poseídos del ansia atormentadora de los deseos muy vivos, cuyo cumplimiento se toca paso a paso; los otros inquietos y medrosos, desconfiando del buen éxito, volvían a dar señales de quererse rebelar contra su jefe. Firme este en su propósito, y ora alentando al animoso, ora reprendiendo al cobarde, seguía sin vacilar su derrota.

Próximo estaba el suspirado momento. Vieron los navegantes en la tarde del once un junco verde, un pez de los que se crían entre rocas, una tabla pequeña, una caña, un bastón con labores, yerba de la que nace en la tierra y una rama de escaramujo con fruto. Júzgase Colón cercano a tierra, lo anuncia a todos recordando los beneficios del cielo, y previene que no se camine después de media noche. Las diez de ella serían cuando desde el castillo de proa cree ver una luz pequeña y brillante, que cambia de posición, se oculta, reaparece; por ventura era lá de bitacora o alguna otra de la carabela Pinta que como más velera iba delante; no de tierra, pues se hallaba aún distante de ella catorce leguas. Pero a las dos de la mañana se oye el estruendo de la artillería disparada en la nave delantera; es el anuncio cierto de tierra descubierta a dos leguas de distancia por un marinero sevillano llamado Juan Rodríguez Bermejo. No se ve todavía sino como una sòmbra que se dibuja en el cielo; pero todos se apresuran a contemplarla, sin poder separar de ella los ojos. Menos se sacian cuando al romper el día, distinguen en la cercana ribera de una isla, árboles y arroyos deleitosos. La vista del puerto después de tan aventurada navegación, hace olvidar los pasados peligros, las rencillas, los odios; y a imitación del piadoso general, todos dan gracias y alabanzas al Supremo Dispensador de las prosperidades. Goza colmado el ilustre genovés, su justísimo contento. A un tiempo salva la vida, asegura el honor, ve cumplida por su industria y arrojo la empresa de mayor gloria y provecho; y aquellos hombres que hacía poco, llevados del miedo y la ignorancia, le menospreciaron y amenazaron de muerte, llenos entonces de admiración y respeto, le acatan como a un héroe y se humillan en su presencia.

Entre tanto que esto pasa, reúnese en la ribera gran número de los habitantes de aquella tierra, asombrados al parecer del nunca visto espectáculo. Cristóbal Colón, sus capitanes y muchos hombres armados desembarcan y toman posesión de la isla por la corona de Castilla, dándole el nombre de San Salvador. Después de esto y de haber reconocido al general por almirante y virrey de aquellas regiones, forman los españoles de toscos maderos una cruz, y con gran regocijo colocan en lugar prominente el humilde y pacífico emblema de la cristiandad.

[Ed: RAFAEL MARÍA BARALT: *Resumen de la Historia de Venezuela*. Brujas-París, Desclée, de Brouwer, 1939. Capítulo Primero, pp. 1-18].

DESCUBRE ALONSO DE OJEDA LO QUE SERA LA PROVINCIA DE VENEZUELA

Descubierto este nuevo mundo por el Almirante D. Cristóbal Colon el año de mil cuatrocientos noventa y dos, para inmortal gloria de la nacion española, y envidiosa emulacion de las extrañas; habiendo repetido en los años subsecuentes diferentes viajes en prosecucion de sus intentos, llegó el de noventa y ocho á reconocer la tierra firme de esta América, por la parte que llamó la Boca de los Dragos, enfrente de la isla de Trinidad de Barlovento; pero aunque puesta la proa al Poniente, navegó sus costas hasta la punta de Araya, sin pasar mas adelante, mudando el rumbo hácia el Norte, dió la vuelta á la isla Española, dejando por entónces imperfecto este descubrimiento; con cuya noticia el capitán Alonso de Ojeda, natural de la ciudad de Cuenca, que de órden de los Reyes católicos salió de España para estas partes el año de noventa y nueve, trayendo por su piloto á Juan de la Cosa, de nacion Vizcaino, encaminó su derrota en demanda de la tierra firme, que habia descubierto el Almirante; y con próspero viaje, á los veinte y siete dias de navegacion dió vista á la Boca de los Dragos, y tierra de Maracapana.

Fuela costeando la vuelta del Poniente, saltando en tierra muchas veces, y observando los puertos, flujos y reflujos de sus mares, en distancia de mas de trescientas leguas, que corrió hasta el Cabo de la Vela; de donde atravesó á la isla Española, con la gloria de haber sido el primero que descubrió esta provincia, por contenerse su demarcacion en los terminos que dejó navegados su derrota, cuya delineacion, con mas fundamento, é individual noticia, consiguió poco despues, Cristóbal Guerra; porque habiendo obtenido licencia de los Reyes católicos para hacer viaje á los descubrimientos de estas Indias un Pedro Alonso Niño, vecino de Moguer (con condicion, que no llegase con cincuenta leguas á lo descubierto por el Almirante Colon) hallándose con cortos medios para los precisos gastos de su avío, formó compañía con Luis Guerra, vecino de Sevilla, ajustando este entre otras capitulaciones, que intervinieron para su contrato, el que viniese su hermano Cristóbal Guerra por capitán de la embarcacion, que habian de despachar á su descubrimiento, y hecha la prevencion necesaria, con la brevedad, y diligencia que pudieron, se hicieron á la vela pocos dias despues que Ojeda salió del puerto de San Lucar, y gobernando al mismo rumbo, llegaron en su seguimiento á la tierra de Pavia, y Maracapana, donde sin reparar en la prohibición que tenian para no tocar en lo descubierto por el Almirante, cortaron algun palo de brasil para principio de su carga, y volviendo á navegar hácia el Poniente, pasando por las islas de la Margarita, y de Cubagua, rescataron de los indios en cambio de algunas bujerías de Castilla, considerable cantidad de perlas, que fueron las primeras que tributó á nuestra España este Occidente.

Gozoso Guerra y sus compañeros con los aprovechamientos, que en tan felices principios les iba ofreciendo la fortuna, prosiguieron su navegacion pasando el Ancon de Refriegas, punta de Araya, y golfo de Cariaco, hasta llegar al puerto de Cumanagoto, donde los indios llevados de la novedad de ver en sus tierras jente extraña, sin recelo alguno de los forasteros, luego que descubrieron la embarcacion se fueron á bordo en sus piraguas, llevando muchas perlas, y chagualas de oro en los cuellos, brazaletes y orejeras que con liberalidad feriaron á los huespe-

des por cascabeles, cuchillos, y chaquiras, dejándolos mas animosos para llevar adelante el logro de las conveniencias, que se proponian en las muestras de la opulencia que encontraban.

Con estos buenos deseos, y mas vivas esperanzas, salieron de Cumanagoto, y montado el Cabo de Codera, cuasi por los mismos pasos que habia llevado Ojeda llegaron al paraje, donde despues se fundó la ciudad de Coro, y rescatando algun oro de los naturales, pasaron mas abajo á la provincia de Coriana, cuyas playas hallaron pobladas de multitud de bárbaros, que con repetidas señas, y demostraciones de amistad, instaban á los forasteros á que saltasen en tierra á rescatar algunas joyas de oro, que para obligarlos les mostraban; y como aun á menor señuelo se diera por entendida la codicia, tomaron una resolucion, que nunca se podrá librar de la nota de temeraria, pues siendo solos treinta y tres hombres los que iban en el navio, saltaron a tierra, entregándose á la no experimentada fe de aquellos bárbaros; pero los indios, haciendo estimacion de la confianza, los recibieron con agasajos de una intencion sin malicia, y les ferieron, con galanteria, cuantas perlas, y chagualas de oro tenian para el lucimiento de su adorno; á que agradecidos nuestros españoles, correspondieron liberales con cuchillos, alfileres, y otras niñerías de Europa, en que suplía la novedad, lo que faltaba al valor; y conociendo la cándida sinceridad de aquella jente, por tomar algun refresco en las penalidades del viaje, se estuvieron de asiento veinte días gozando de la abundancia de conejos, y benados, que produce aquel país; y segun el agasajo que recibian de los indios, se hubieran detenido por mas tiempo, si el ansia de dar fin á aquel descubrimiento no les hubiera dado prisa á navegar, como lo hicieron, prosiguiendo por la costa abajo hácia el Poniente, hasta que á pocos días descubrieron unas playas, habitadas de mas de dos mil indios, que armados de arcos, y flechas, mani festaban, en su modo, el poco deseo, que tenian de admitir en sus tierras jente extraña.

Estos, según el paraje, fueron sin duda alguna los Cocinas, jente cruel, bárbara, y traidora, que hasta el día de hoy se mantiene con su fiereza incontrastable ocupando la costa, que corre desde Maracaibo al rio de la Hacha; y como nuestros navegantes no eran armas, ni pendencias la mercancia que buscaban, ni estaban acostumbrados á tales recibimientos; hallándose con porcion considerable de oro, y mas de ciento y cincuenta marcos de perlas, y algunas tan grandes como avellanas, muy orientales, y hermosas; sin ponerse á mas peligros, acordaron volver la costa arriba, por el mismo camino que habian hecho, hasta dar fondo en Araya, donde dejaron descubierta aquella célebre salina, que tan apetecida ha sido de las naciones del Norte, y en cuya defensa ha consumido inutilmente tantos tesoros nuestra España; y tomando la derrota para Europa, á los dos meses de navegacion, el día seis de Febrero del año de mil y quinientos, dieron fondo en uno de los puertos de Galicia, dejando llenas sus costas de admiracion, y riquezas.

[En: JOSÉ DE OVIEDO Y BAÑOS: *Historia de la Conquista y población de la Provincia de Venezuela*. Reproducción facsimilar de la edición hecha en Caracas en 1824 por Domingo Navas Spínola. Edición hecha a iniciativa de Paul Adams. Nueva York, 1940. Parte I, Libro I, Capítulo II, pp. 8-12].

LA GRAN SORPRESA

The chief care of the Christians
to-day is the reconciliation of God and
Mammon.

PAUL RICHARD.

Ya Colón ha hecho conocer su oferta en varias capitales europeas a fin de que le financieran su expedición. Su palabra ha comenzado a producir efecto. Hemos visto que aparentemente no se trata de una romántica expedición para resolver una teoría científica. ¡No señor! Se trata de algo más importante: se trata de un negocio; de hallar una nueva ruta hacia la India por el occidente para ir a comprar especias... Colón sabe formular sus promesas y hacer ver que quien logre resolver el problema quedará dueño del tráfico y monopolizará el pingüe negocio de las especias. Ya los portugueses están haciendo esfuerzos para hallar el camino directo hacia la India por el Oriente; por el Cabo de la Buena Esperanza. Ahora Colón trata de ir allí mismo, ¡pero es por el occidente! ¿Quién llegará primero? Hubo una época en que la mayor preocupación de Colón consistía en que otro navegante se le adelantara en ir a la India por el oeste. ¡Ahora esa preocupación la compartían también los reyes católicos!... ¿No se están ocupando ya de esto en Londres, París y Lisboa? Por fin llega el día en que el Consejo de Estado discute el asunto en Santa Fe... ¡Ya veremos cómo la Fe tendrá que arriar su bandera ante *Minerva*, gracias a Mercurio! Ya veremos a las liebres correr detrás de los perros...

“Frailes, prelados, abades, obispos y arzobispos”, dice Wassermann, “escuchan —a Colón— con mayor atención que si se tratara de una exposición clara, o del testimonio de un investigador como Toscanelli a quien aquí como en Portugal, para nada menciona. No pueden menos de atenderle, de discutir con él; pero lo que más eficazmente influye, es su emoción, su actitud inflexible de fanático, y sus ojos alucinados que contemplan ya las tierras y los imperios cuya existencia se debate”. No obstante ello, el dictamen le es adverso: fue rechazado de plano su proyecto. Y lo fue porque aquellos consejeros reales, entre los cuales había altos prelados y grandes dignatarios de la Iglesia, ¡mostraron allí conocer mejor que Colón la verdadera circunferencia de la Tierra! Consecuentemente ellos comprendían que ir a la India por el oeste, en las condiciones en que se pensaba hacer, ¡era una aventura destinada irremisiblemente a terminar en el fondo del océano! El veredicto para rechazar el proyecto de Colón se basa en que los altos dignatarios de la Iglesia, quienes conocen mejor que el Almirante el radio terrestre, declaran que Colón estaba equivocado, como en realidad lo estaba. Ya vimos que el se había aferrado al cómputo erróneo de d’Ailly, el cual suponía que la circunferencia de la Tierra era un tercio menor de lo que es en realidad, en tanto que los altos prelados y consejeros españoles tenían un conocimiento más preciso de dicha circunferencia, pues seguramente se fundaban en los cálculos más exactos de Leonardo. La gran sorpresa aquí, que no es de Colón sino del lector, ¡es darse cuenta de que los altos prelados españoles sabían que la Tierra es redonda y conocían sus dimensiones mejor que Colón!... Y es una sorpresa porque las gentes

no se quieren imaginar que el Renacimiento tocó también a las puertas del Clero católico, y que muchos inteligentes monges —cual Copérnico— mantenían guardada en sus celdas la tradición astronómica, ¡que por disciplina no se atrevían a divulgar!... ¿Y lo de que “el cielo se mueve como un libro que se enrolla”? Eso, cual la historia de Jonás viviendo en el vientre de la ballena, y otras muchas cosas más, están buenas para los niños de primeras letras; ¡pero no para prelados educados que conocen matemáticas e historia natural!... De modo que aunque los altos prelados españoles conocían mejor que Colón la naturaleza del cielo y de la Tierra, ¡no lo hacían público para que el pueblo no se fuera a dar cuenta de que una cosa es la tradición y otra es la ciencia! Pero cuando se llegó el momento de opinar en tan decisivo asunto cosmológico, ¡se tiró por la borda la tradición bíblica y se encaró el problema desde su punto de vista práctico! Además, no se trataba de altos prelados solamente, sino de la Inquisición; la que tenía un concepto completamente errado respecto a las ciencias. Cualquier concepto científico que se emitiera respecto a La Biblia, se le consideraba como una crítica al Sagrado Libro y por lo tanto se terminaba el asunto en un Auto de Fe... Tal les sucedió a Giordano Bruno y a Galileo. Mas el caso de Colón era diferente, pues éste había declarado que lo que quería era solamente ir a la India por el Occidente, a fin de conseguir para España el monopolio del comercio de las especias. De modo que cuando se le rechazó su proyecto no fue tanto por impedir una empresa que iba contra la creencia establecida por la religión y las costumbres (como sucedió con Giordano Bruno y con Galileo), ¡sino para evitar gastos innecesarios en una empresa destinada al naufragio en medio del oceano! El alto clero sabía que la distancia de España a la India, por el occidente, era un tercio más grande que lo que se lo imaginaba Colón. Luego, ¡el citado clero sí conocía la verdad respecto a la naturaleza de nuestro planeta!...

Otro día se presentó Colón de nuevo ante la corte de Santa Fé. Allí lo dejaron hablar cuanto quiso, que era precisamente lo que él quería: que lo dejaran hablar para convencer. Continúa allí sosteniendo sus errados cálculos de d'Ailly (Aliaco). Pero trae además la lista de las recompensas que espera recibir por su expedición. Esas recompensas han aumentado enormemente, ¡pues pide para sí territorios aún por descubrir y garantías casi iguales a las del rey!... Le vuelven a rechazar sus planes, ¡pero ya todos lo habían oído hablar y él sabía preparar el cebo en el anzuelo que habían de morder los reyes! Cuando vió que sus planes fueron de nuevo rechazados, se despidió de allí con natural indiferencia... Irá ahora a otra parte —piensa— en tanto que los reyes, por su parte, también piensan: “¿No serán los cómputos de nuestros expertos los que están errados? ¿No se nos adelantarán los portugueses?”... En todo caso los reyes sabían que estaban allí poniendo en juego el porvenir de su país...

Dice un talentoso comentarista: “Cruzaba Colón el Puente de los Pinos, a unas dos leguas de Granada, cuando un alguacil de la reina, que montaba mejor caballo que él, le dió alcance. La reina le rogaba que se volviese. Colón vaciló un instante mientras pensó que el alguacil venía de parte de la reina; pero de pronto se dió cuenta de que el alguacil venía de parte de su Señor, y decidió volver a Santa Fé... ¡y a la Inmortalidad!”...

Así ganaba Colón, con su paciencia y perseverancia, ¡el ideal que perseguía después de tantos años de lucha! Fue aquel el momento más glorioso de su vida, pues aquel triunfo era hijo de su habilidad y de su inquebrantable voluntad. Porque el Descubrimiento de América fue hijo de la casualidad; y la tan deseada circunnavegación del planeta no la llegó a realizar por completo. ¡Más el triunfo de Santa Fé fue decisivo! Había llegado el momento más glorioso de su existencia: la realización de su ideal, tanto tiempo acariciado, de darle la vuelta al mundo, y la satisfacción plena de que gozaba su orgullo, ¡al verse triunfante después de haber sufrido tantas humillaciones! ¡Al fin había derrotado a todos sus enemigos en Santa Fé! Cuando entró de nuevo a aquella Corte, ya no era más el simple marino que venía a implorar favores, sino el *Muy Magnífico Señor don Cristóbal Colón* título que poco más tarde sería elevado al de *Almirante Mayor de la Mar Oceano y Visorrey de Indias*. Allí llegaba, pues, tan alto Señor, ¡no a otra cosa sino a dictarle sus condiciones a los reyes católicos! Así capitulaban los mencionados reyes ante aquel judío-católico, o converso, ¡que venía a darle la vuelta al mundo para demostrar que este es esférico!... Con todos sus errores y sus aciertos, ¡esos reyes fueron decisivos para la gloria de España y para la historia del mundo!... En 1479 dichos reyes —diz que cediendo a la presión popular— fundaron la Inquisición en España. El 2 de enero de 1492 capituló Granada poniendo así término a casi ocho siglos de dominación árabe en España. El 17 de ese mismo mes de enero, se firmaba el contrato entre los reyes católicos y Colón, en que se autorizaba a este para ir a Indias por el Occidente... El 30 de marzo de ese mismo año, diz que a instancias del Padre Aliaga, se decretaba la expulsión de los judíos de España, ¡y el 12 de octubre de 1492, Colón descubrió la América!... ¡He ahí un buen trozo de historia universal, concluido en solo diez meses!...

Así tenemos que a pesar de su error acerca de la circunferencia de la Tierra, y no obstante la negativa de la mayoría del Consejo de Gobierno, Colón obtuvo al fin el apoyo de los reyes, para llevar a cabo su famosa expedición. ¿Qué causas determinaron ese cambio? ¡Seguramente la convicción con que hablaba Colón, por un lado, y por el otro la inseguridad que entonces se tenía de la ciencia astronómica, fueron decisivas! También las gestiones de Colón ante otros gobiernos, los mantenía a todos celosos unos de otros y dispuestos a ayudarlo por disparatados que fuesen sus planes, ¡como luego se vió que lo fueron! ¡Hay que convenir en que aquel marino fué tan hábil en el arte de navegar, como en el de convencer y de saber preparar el anzuelo de sus ofrecimientos! Ambas competencias le aseguraron el éxito...

No podemos continuar sin decir algo acerca de los hermanos Pinzón, particularmente de Martín Alonso Pinzón. Eran navieros muy ricos y respetados por su sensatez y por sus vastos conocimientos náuticos. Pero “también padecían de la fiebre de descubrimientos”. Tenía Martín Alonso un amigo en la casa pontificia de Inocente VIII, quien era un buen cartógrafo con lo cual se puede deducir que también estaba infectado de dicha fiebre de descubrimientos. Ya vimos que Pinzón y Colón se conocieron en La Rábida y cuando Colón obtuvo el permiso real de ir al este por el oeste, Pinzón le suministró una carabela; medio millón de maravedís, y fue quien le consiguió la mayor parte de la tripulación, pues ni aun los

presos criminales estaban muy dispuestos a embarcarse en una expedición en que se corría el riesgo de *rodar por el abismo*, como se creía antiguamente que le sucedería al que se internase en la Mar Océano. Pinzón hizo aun más: convino en acompañar a Colón como capitán de "La Pinta" y con ello le dió un gran prestigio a la expedición de aquel exótico y excéntrico Almirante de quien todos se burlaban... De modo que Pinzón vino a ser la figura científica más respetable de aquella expedición, aunque no el primer experto en náutica, ¡pues ese título nadie se lo podría arrebatarse al Almirante!

El resto de su historia ya todos la conocemos con más o menos exactitud: sus cuatro viajes en insignificantes carabelas para atravesar un océano de espantosas dimensiones, en el que tenía que hacerle frente a los descomunales y desconocidos ciclones antillanos dispuestos siempre a tragárselo; las sublevaciones de la marinería aterrorizada; las traiciones de sus tenientes en aquellas distantes islas; las humillaciones, las prisiones, los degradantes grillos y, en fin, la muerte en la miseria y el abandono, ¡después de haberle dado la mitad del mundo a la corona de España!... En medio de este torbellino de horrores, no hay sino un solo momento de dulzura: su arribo a Guanahaní...

A poco de haber regresado Colón de su primer viaje al Nuevo Mundo, hubo una controversia entre España y Portugal relativa a los primeros descubrimientos. Se nombró de árbitro al Papa Alejandro VI, quien arregló las cosas por medio de una Bula promulgada el 3 de mayo de 1493, y que disponía trazar una línea de Norte a Sur en el Atlántico, pasando a cien leguas al oeste de las Azores. Así se dividía el Atlántico en dos partes: todo lo que se descubriese al este de dicha línea (India, Malaya, Guinea en Africa, etc.) sería monopolio portugués. En cambio, todo lo que se descubriese al oeste de dicha línea sería monopolio español. De momento parecía que los portugueses eran los más favorecidos; pero a poco se vió que era todo lo contrario, pues esa línea ponía a España en posesión de todo el aún virgen continente americano, desde la bahía de Hudson hasta el Cabo de Horno, esto es, ¡de un mundo! Con la ventaja de que estos países americanos eran propicios para ser conquistados, en tanto que los asiáticos y africanos no lo eran... ¡Este arreglo fue un magistral golpe diplomático de los reyes católicos!

Mas en vista de que en el Oriente no había países débiles y por lo tanto conquistables, y contraviniendo así los dictados de la Bula, los portugueses comenzaron a ocupar el Brasil, y los ingleses lo que se llama hoy Estados Unidos. También los franceses y los holandeses infringieron las disposiciones de la Bula, ocupando territorios americanos. Como la América era un continente demasiado extenso para ser absorbido por España únicamente, este país no presentó seria oposición a los que infringieron los términos de la citada Bula. Si esos términos se hubiesen cumplido, Estados Unidos, Canadá y el Brasil serían hoy países de habla castellana...

Una de las cosas más sorprendentes en un marino tan hábil como Colón es su falta de observación científica. Estuvo cuatro veces en América, y no obstante ello ¡murió sin saber que la había descubierto! La reina Isabel lo ayuda con todo

su entusiasmo, y el destino recompensa a esa reina haciendo que la lengua de Castilla, tan insignificante entonces, se convirtiera en una de las más importantes del mundo: veinte países la adoptarán como idioma madre, ¡caso sin ejemplo en la historia! . . .

Volviendo a Colón y a su reina, no faltó quien acusara a esta última de haber apoyado —por inadvertencia, por ambición o por lo que fuere— la empresa de este hombre exótico, de desconocido origen, y quien contrariando las Sagradas Escrituras, se proponía hacer la demostración objetiva de lo que es la Tierra, cosa que en aquella época se consideraba de ser un grave pecado. Esa fué seguramente la principal causa de que el rey y el mundo entero aislaran a Colón y lo dejaran morir en el más espantoso abandono. . . En vida era él, Colón, el único hombre sobre la tierra, en saber que era uno de los hombres más grandes del mundo. . . La humanidad llegó a saber esto último, siglos más tarde, ¡pues su sino ha sido andar siempre, como Sancho, detrás del incomprendido ideal! . . . Colón se engañó creyendo que había ido al Oriente por el Occidente, y también engañó a la humanidad no dejándole saber su origen ni su verdadero nombre, ni tampoco el real objeto de su famosa expedición.

Pero de esos engaños nació el acontecimiento histórico más trascendental que existe: ¡el descubrimiento de América! . . .

[En: CARLOS BRANDT: *El Misterioso Almirante y su enigmático descubrimiento*. Carácas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1949, pp. 131-138. Col. Biblioteca Popular Venezolana, 33].